

ANTONIO JORGE MEROÑO CAMPILLO (Cartagena, 1967) es licenciado en Historia Moderna por la Universidad de Murcia. Amplió estudios en Oxford, siguiendo seminarios de lengua y cultura anglosajona. También habla francés y se defiende en árabe. Actualmente estudia Latín y asignaturas sueltas de Hispánicas.

Recuerda que ya en el primer año de colegio emborrataba cuadernos. Concibe la escritura como una forma de estar en el mundo, de conocerse y de enfrentarse a los demás, así como una herramienta útil para su gusto por los trabajos de investigación de carácter histórico o filológico.

Desea hallar el modo de combinar la escritura pura y dura —la literatura y el ensayo— con la asesoría editorial, el periodismo o la confección de resúmenes de prensa sobre temas de política internacional en algún organismo oficial. Pero es consciente de que la vida es muy corta y no le dará tiempo a llevar adelante ni una décima parte de sus proyectos. Confía en la fuerza de voluntad y la constancia como sus mejores aliadas.

Antonio Meroño

Desde el faro

Enero 2000

ESTA TARDE, tras una siesta, he experimentado uno de esos momentos mágicos que pocas veces se dan en la vida. Me apuntaría ahora mismo a vivir los años que me puedan quedar en esa postura: vacío de proyectos, acomodado en la holganza y el hastío, no acompañado sino de mis pensamientos, un cigarrillo (desde que te fuiste, abuela,¹ fumo camel sin filtro, lo que él solía fumar en Tetuán: ese sabor seco y dulzón me ayuda a lloraros sin morir de tristeza).

-Hija —(decía siempre a mamá en el ferry)—, el tabaco, cuando estás a un kilómetro de la Península, no sirve para nada. ¿Ves?, se coge... y se tira por la borda.

El ajetreo de la vida diaria, los demás, el ruido del teléfono y el fax, los establecimientos de todo tipo que ofrecen consumo, felicidad envuelta en papel couché... todos esos afanes me resultan tan lejanos. Me quejo, pero interiormente, aunque a veces tengo la sensación de molestar a mucha gente. Estoy con Luis Cernuda, quien al final de su obra, tras destilar esas enormes dosis de rencor hacia el ser humano, escribía:

¿Pero quién es el hombre para juzgar al hombre?

Febrero 2000

UNA NOTICIA de las páginas de cultura del diario *El País* con este titular: «Una discoteca de Barcelona prohíbe la entrada a un escritor de origen marroquí». Llevo tiempo colaborando en el proyecto de Murcia Acoge (seguramente, la experiencia más interesante de mi vida). Creo conocer de cerca la situación de niños y adultos del Magreb, sus dificultades para integrarse en España y los éxitos, por otra parte, que todos los voluntarios van consiguiendo. Juraría que en la Región de Murcia hay cada vez más respeto y comprensión hacia esos seres humanos que vienen del Magreb, sobre todo de Marruecos, buscando lo mismo que buscamos todos: ser felices. Todos a fin de cuentas tenemos a lo mismo y nos emocionamos con muy parecidas cosas (de la educación y sensibilidad de cada cual dependen ciertas preferencias), en fin. Una noticia como ésta me preocupa. «No soy racista, pero los árabes² no pueden entrar en el local», fue la respuesta que recibió el escritor AB, un domingo por la noche en la discoteca N del M de Barcelona. Este escritor acaba de publicar una novela, escrita en holandés, en la que narra sus experiencias de forma bastante autobiográfica. La novela, *Boda junto al mar*, por lo que leo mezcla la tradición marroquí con dosis de experiencias muy personales. Narra las experiencias de un joven de su edad que ha nacido en Marruecos pero vive en Holanda desde niño. Indagando un poco, me entero de que en su país de adopción, cuya lengua ha escogido para expresarse literariamente, sufre miedo al rechazo y la incompreensión.

¿Por qué ese miedo al otro, a la diversidad, al encuentro con otras culturas?, ¿no sabe el ciudadano español y del resto de Europa lo que fue Al-Andalus, las etapas de esplendor y decadencia del Islam, los omeyas, los califatos, las crisis de las taifas, la convivencia de las tres religiones? En nuestra Andalucía y Murcia tenemos sabios de la talla de Ibn Al Arabí, Ibn Sida, Averroes, Avicena, etc.

André Malraux, el gran escritor francés, héroe de la Resistencia, combatiente en la Guerra Civil, etc., solía decir, tras una de sus mil conversiones aquello de «el siglo XXI será religioso o no lo será». Bueno, el mestizaje, la mezcla de culturas, es ya inevitable, creencias ultraterrenas aparte.

Junio 2000

UNOS FÍSICOS presentan un experimento que emula al «gato de Schrödinger». Por medio de una complicada paradoja, este principio de la Física Cuántica nos presenta el ejemplo de un gato que no está vivo ni muerto. Todos somos un poco ese gato:

El experimento parte de un elemento radiactivo en el que un átomo tiene un 50% de probabilidades de emitir una partícula para transformarla en un átomo en un tiempo dado. En una caja cerrada se mete un gato y una ampolla de veneno. Si se produce la desintegración del átomo, un detector activa un martillo que rompe la ampolla de veneno y el gato muere. En el mundo cotidiano hay un 50% de probabilidades de que el gato esté vivo y las mismas de que esté muerto.

A veces me siento como ese gato, encerrado en una caja, con una ampolla de veneno al lado. Espero a que se produzca la desintegración reactiva del átomo, que un detector active un martillo que rompa la ampolla de veneno y morir. Hace tiempo que no se me ocurre nada que escribir: año y medio en un angustioso barbecho, un desasossegante vacío. No sé muy bien si estoy vivo o muerto, si de veras me interesa seguir escribiendo, seguir habitando este mundo, seguir habitándome. De niño, a menudo iba a la cama y soñaba despierto con una muerte gloriosa, como la un personaje de la saga de los Nibelungos, un Sigfrido, Gotham, Isolda, que mi cuerpo de heroico guerrero se adentraba en el mar

o en un lago envuelto en llamas. Medio vivo, medio muerto, como este gato que explica un complejo principio físico, como los héroes ansiosos de muerte heroica que poblaban los insomnios de mi niñez.

Termino el libro de Semprún, *La escritura o la vida*. A cualquier escritor que se tome un poco en serio este oficio de la creación se le presenta esta disyuntiva: la escritura o la vida, escribir o vivir, la escritura como salvación personal. Para mí, vivir y escribir son la misma cosa, y a menudo no sé si vivo o escribo, si estoy vivo porque escribo (Z, una buena película de Costa Gavras con guión del mismo Jorge Semprún, anuncia al final de la cinta. Z, última letra del alfabeto, en griego, *Il est vivant* (él está vivo), si escribo para vivir o vivo para escribir. Es una enfermedad descrita en muchos manuales: lo mismo se considera patología que se recomienda como terapia: un principio y un fin en sí misma, como el alfabeto: de la A a la Z; del aviso a la zanja. No voy a desvelar, no de momento, oscuros y dolorosos episodios de mi vida que nunca terminaré de sepultar, que no sé si fueron para mí más traumáticos que para este grandilocuente escritor su peripecia en Buchenwald (para él fue su punto de partida, para mí el mío). Entiendo perfectamente la postura de don Jorge, me apasiona su obra literaria y cinematográfica. La escritura como salvación tras una experiencia de contacto diario con el mal absoluto (cita continuamente a Malraux, Blanchot: yo busco la región oscura del alma donde el mal absoluto se enfrenta a la fraternidad). No sé si el señor Jorge Semprún Maura hubiera preferido ahorrarse esos sufrimientos y ser otra cosa, quizá, un escritor de menos calidad. Yo no cambiaría demasiados aspectos de mi vida pasada (tonto y vano empeño, por otra parte: lo que pasó, pasó), no, no me cambiaría por otro, por llevar la vida que llevan la mayoría de mis amigos, burgueses casados y perfectamente integrados y asimilados. Me llevo relativamente bien con mis complejidades y angustias, con mi particular contacto con el horror, el mal absoluto, la pesadilla reiterada, el abismo.

El libro de Semprún es muy bueno, muy en su última línea. Cuenta episodios de su estancia en los campos, mas esta vez da detalles muy concretos: se centra en dos episodios, subraya mucho la impor-

tancia del idioma, la lengua materna, elemento de apoyo, el alemán, aprendido de niño, herramienta de supervivencia literal (no es lo mismo barrer letrinas que trabajar de intérprete), el episodio de la muerte de un alemán al que, de una u otra forma, mató. El olor a carne quemada. La pasión por la lectura y el recuerdo, la búsqueda de la identidad dentro de ese sistema carcelario, el afán por sobrevivir. Con esa técnica suya tan típica del flash-back, la memoria y sus trampas, la conciencia de culpa, la anticipación de su posterior compromiso político (en el campo, los comunistas se organizan en células, lo que le da esa cultura de «apparatchnick» que luego aprovechará en sus años de dirigente del PCE y la Internacional Comunista. Hay bastante de egolatría, o quizá sería más adecuado decir yoísmo, otra de las claves de su obra. Sigo pensando que su obra más lograda y redonda es *La montaña blanca*.

Sí, la poesía, la escritura, todo el arte en general, es la forma más inteligente de rebelión. A una persona medianamente inteligente, a poco que se caliente un poco el tarro, no le gusta el mundo en el que vive. En cualquier país y en cualquier época. Está la creación como rebeldía, la escritura como rebelión. Escribiendo me conozco, sé de veras quién soy, me reconcilio con este extraño mundo que me rodea. Y tengo la obligación de intentar hacer más habitable el planeta en el que vivo, al menos en la extensión geográfica en la que me muevo (¿deben existir los mapas, son necesarias e imprescindibles las fronteras, aquellas fronteras que se hacían, según el verso de Carlos Barral, «difíciles bajo el agua»). Se puede crear belleza desde la soledad, se pueden crear muros contra la barbarie: muros de palabras.

La relectura de *Libro del desasosiego* me produce sosiego en estos meses estivales. Pessoa, el rey de El Chiado. Orpheu: conciertos de músicas brasileiras, revisión de la película de Marcel Camus, paseo por el Chiado, ese barrio superviviente de incendios (no sé cómo estará ahora), de los arrabales de Río a las farolas de Lisboa, el patrón Vasques, el dolor de la soledad, el recuerdo de las personas con las que disfrutaba, el olor de la relectura, el dolor que provocan las ausencias: la sensación de orfandad y pánico, esa agridulce mezcla: he soportado releer el *Libro del desasosiego* en la misma

edición y el mismo mes que en el año 1988. El dolor de las ausencias parece que se mitiga, aunque sólo sea una estúpida apariencia. La edad adulta parece conferir esa engañosa forma de mentira, ese regate en corto a los olvidos: no, no se olvida, ni se deja de llorar: ni los olores se olvidan ni las sombras. Puede que las pesadillas, los insomnios y las lágrimas sean algo más leves. Yo, desde luego, sigo siendo ese adolescente enfermo de voracidad lectora y con una excesiva vocación de escritor. Gracias a lecturas como ésta, y a las libretas y las máquinas de escribir (ahora, los ordenadores) no he muerto ni he enloquecido de dolor. Y tengo la edad de Cristo. Me da miedo pensar en las sombras de la muerte, me aterra la idea de una sola muerte más.

8 de julio de 2000

EL VIERNES comí con P y M. Fue todo bastante rápido e imprevisto, pues al volver a casa tras hacer unas compras me encontré una nota de LM con el número de móvil de P y un «que lo llames». Fue un distendido y mágico encuentro, una amable velada con dos de las personas que más me importan y más y mejor quiero. Hablé con P de mi familia, de mis hermanos. Me comentaba lo entrañables y especiales que son/somos. Le dije que cuando uno ha crecido, ha pasado el 90 % de su vida, toda su infancia y juventud, en un ambiente familiar desestructurado, te haces fuerte, simpático, poliédrico, encantador, angustiado, simple y complejo, distinto: desde luego, estás condenado a ser cualquier cosa menos borrego de ganado. Estuvo totalmente de acuerdo. Les comenté mi proyecto de novela, «Tre fratelli». Esta tarde se lo he apuntado a mamá, al recordar el hermoso poema de Federico que durante tantos años estuvo colgado en la habitación de D y LM (lo colocó D; era un entrañable póster de lanilla, blanco con fondo negro y rojo, comprado en algún puesto callejero):

Quiero dormir un rato
un rato, un minuto, un siglo
pero que todos sepan que no he muerto
que hay un establo de oro en mis labios
que soy el pequeño amigo del viento del oeste
que soy la sombra inmensa de mis lágrimas.

Curiosa la sombra de Federico: me persigue desde niño, nos persigue a todos los miembros de la

familia, como en esa película de Gonzalo Suárez, *Remando al viento*, en la que la familia Shelley y Byron se reúnen en una villa y apuestan a escribir un relato fantástico. Mary Shelley pergeña su *Frankenstein*, y las vidas de todos quedan a merced de la criatura que atormenta la psique de Mary Shelley, aunque sean sus propias almas las que los persiguen, aunque sean ellos mismos los que se persiguen: Byron es perseguido por Byron, Shelley por Shelley, Mary por Mary. El mar, los lagos, los ahogos, las prontas muertes y la sombra de la soledad. La sombra de Federico parece perseguirnos como a esa panda de geniales y excéntricos escritores ingleses, aunque seamos cada uno de nosotros nuestros peor enemigo y amigo. Aun así, Federico se asoma a un balcón abierto y un niño corta naranjas y mi hermano D quiere dormir un rato, un minuto un siglo, lejos de las sombras de la soledad y de la muerte: dos príncipes, Federico y mi hermano D.

Ahora le toca el turno a doña Carmen, Carmiña. La muerte no respeta, desde luego, la naturaleza no hace distinguos. Nunca piensas que te va a tocar a ti ni a los tuyos. Es como, cuando de niño, ves los accidentes de tráfico en los informativos y la seguridad de que tus padres y tíos y demás prójimos están a salvo de arder bajo los hierros en cualquier carretera es tal, que vas tranquilo a la cama. Ella misma lo señalaba: como en los accidentes de tráfico o las bombas del terror, nunca imaginas que tú vas a estar cerca de esa explosión o dentro de ese autobús. Pero le ha tocado a la «Reina de las nieves», esta entrañable salmantina que ha buceado como pocos en los entresijos de la soledad, el dolor, la incompreensión, la duda. Protagonista de medio siglo de la cultura española, amiga de los Aldecoa, casada con Sánchez Ferlosio (su hija, Marta, murió hace cinco años de X, y ese dolor pudo con ella). Vivaz y amante de la vida, le gustaba estar con sus amigos, pasear, con sus boinas y sombreros. Sus últimas novelas llegaron al gran público (sic) y le dieron dinero. Solía hospedarse en el Ritz a escribir (su casa, su adorada cocina: le gustaba escribir como a mí, en la cocina, y en las bibliotecas y archivos, se le aparecía llena de fantasmas, del fantasma de su hija Marta, su Reina de las nieves). Una señora, poco amiga del boato: rechazó premios y parabienes, nunca quiso entrar en la Academia, que consideraba un lugar para

filólogos y eruditos, mientras ella se consideró, hasta que su fuerte corazón dejó de latir, una escritora. Vivió tiempos muy duros (como la mayoría de los hombres, por otra parte). Nos ha dejado una obra bella y un testimonio humano. Un beso, Carmiña.

25 de julio de 2000

NO SÉ MUY BIEN por qué, pero esta mañana me he levantado con la idea de comprar un cd de «La Mode», un grupo de mi niñez y adolescencia. Recuerdo aquellas tardes-noches de mi bachiller (¿uno es de donde nace, de donde hace el bachiller, de donde comen sus hijos —que dice Serrat— de donde son los suyos, de donde habitan la memoria y la presencia de los seres queridos, ya idos, pero presentes? Me hago estas preguntas siguiendo con Carmiña, que ha muerto en «El balcón», un pueblo de la sierra de Madrid donde su padre compró una casa en 1960, y donde, cómo no, había hecho amigos de todo tipo que la adoraban y la han acompañado en su último y definitivo viaje), cuando Radio Tres hacía estragos en un tímido adolescente, ya seguro de su vocación de escritor: La Mode, Alaska y Dinarama, Nacha Pop, Golpes Bajos, Kortatu y otros grupos del pop español me enseñaban todo lo que de primera mano no lograba alcanzar: el carmesí en los labios de una chica, una compresa en un bolso, unos tragos de whisky y unos porros, un romance rápido en un coche de segunda mano. Gloriosos ochenta que ahora rememoro, en mi particular *flash-back to the eighty's*, comprando un doble compacto de Fernando Márquez, «el zurdo», vocalista y *alma mater* de este grupo que llenó muchas tardes y noches de mi adolescencia, como llenó las de A y A. Nunca fui con ellos a uno de sus conciertos: a uno del verano del 82 u 83. El zurdo era un tipo peculiar: le gustaba escribir, creo recordar que llegó a publicar. Su final, si la memoria no me traiciona, estuvo ligado a un accidente de tráfico o la droga o... muy ochenta, todo, muy ochentista. Ahora, en el año 2000, con 33 años a las espaldas, cultivo la nostalgia sana e insana, con todos los componentes de neurosis que me apetezcan, escuchando «Enfermera de noche», «Amor en taxi» o «Aquella canción de Roxxy». No aparece «Para ti», todo un himno para muchas

personas de mi generación: a los 16 años me hubiese gustado ser moderno, alternativo, algo provocador, tener moto y novia, haber fumado porros y haber incluso tocado el culo a las chicas. No hice esas cosas entonces, y no tengo edad, o mejor dicho, ganas, de hacerlas ahora. Pero me dejó envolver por melodías y... cultivo la nostalgia. Parece que no hay otros paraísos que los perdidos. Y las evocaciones.

¿Relajación de costumbres?, ¿desideologización? Parece más que claro que el panorama actual no se parece en nada al que dominaba hace diez o doce años. No se ve por ninguna parte la queja, las manifestaciones, contra lo que sea: OTAN, bajada de pensiones, recortes salariales, yo qué sé. Los sindicatos, tan domesticados, la clase intelectual, callada o recluida en las páginas de los diarios de Madrid o en las fundaciones privadas, preparando sus conferencias y cursos de verano. Hemos superado el conflicto social por vía del conformismo, hemos llegado a una sociedad *light*, donde todo está bien, donde vale casi todo (sobre todo, y valga la redundancia, el dinero), y culto al cuerpo, televisión basura, premio, incluso, a la banalidad, elogio de la conversación intrascendente, vulgar incluso. Ni siquiera los grandes problemas parecen salir a relucir a debate: todo está bien, estamos en ese mundo panglosiano. Muy lejos quedan los tiempos en los que Bertolucci filmaba *Novecento* y esa osadía le costaba un rifirrafe con el partido comunista italiano, cuya historia ha quedado relegada a las hemerotecas. Y la cinta levantó ampollas, recuerdo que en España fue todo un acontecimiento. No hace tanto tiempo, Nicolás Redondo se enfrentaba a González y su equipo de ministros por una más justa ley de pensiones, le retaba, y le escribía unas cartas que siempre rubricaba con un tuyo y de la causa obrera. No, a España no le ha sentado nada bien la convivencia con la modernidad, una transición tan peculiar, ese ascenso (más o menos ficticio, ese es otro debate) del nivel de vida sin un ascenso del nivel cultural de la población, sin un más que modesto avance en el terreno de la ciencia, la cultura, la universidad. No, un país, una sociedad, no se hace con cuentas corrientes y coches de marca para todos, y viajes al Caribe o a la nieve al alcance del último taxista. Eso no me parece ni medio serio. Seguimos sin tener un

tejido social articulado, unas instituciones fuertes, un desarrollo científico y cultural. No, el dinero *per se*, no es que no contribuya a nada, es que, más bien, nos perjudica, incluso a las personas que intentamos hacer cosas menos prosaicas.

Agosto 2001

CINE. A CUENTO de ver una película, evocación del recuerdo. Cuánto gustó a papá *El último emperador*:

«Hijo, me ha gustado mucho *El último emperador*, eh, me ha gustado esa película mucho, me ha encantado.» ¡Hasta qué punto su simple estructura mental (siempre lo han encasillado: no creo que sus esquemas mentales sean tan simples, pero esa es otra historia). El caso es que le gustó mucho y a mí me gustó mucho que le gustara tanto (por cierto, Bryce, no tenemos embajada en Venecia). Todos los escritores tenemos una peculiar relación con los padres, sobre todo con el padre, por mucho que los freudianos se empeñen en cargar su cizaña en las espaldas de la madre. Bryce Echenique daba una charla en una caja de ahorros. Comentó una anécdota muy divertida. Una noche salió de farra con el dictador de turno de su país, creo que Batista Alvarado, el cual le estuvo prometiendo toda la noche una embajada en Venecia. Al despedirse, bien entrado ya el día, el general le espetó:

-Por cierto, Bryce, no tenemos embajada en Venecia.

Seguro que una tarde de abril de su adolescencia, Bryce llegó a su casa y su padre le dijo:

-Hijo, Alfredo, me ha gustado mucho *El ladrón de bicicletas*, me ha gustado mucho, me ha encantado. Y este ladrón de sueños quedó maravillado ante la confesión de su padre, quien no quiso verlo nunca de director de una multinacional ni de embajador en Venecia ni similar, sino de escritor.

Contemplo en la sala de estar los cuadros que ha traído mamá de sus numerosos viajes, los

libros, los recuerdos. Velázquez, Dalí, Gauguin, que ha ido comprando en museos, desde El Prado al Louvre o el Ermitage... Recuerdo la primera vez que fui con ella al Museo del Prado. Debía tener yo 17 o 18 años. Me sorprendió ver los bustos de Adriano y Antonio que flanqueaban la entrada a una de las salas. Por aquellas fechas tenía muy reciente la novela de Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*. La bella historia recreada por esta decadente escritora francesa me venía a la mente en forma de ensoñación al contemplar los rostros del emperador filósofo y su joven amante. En agosto del año 2000, a los 33 años, realizados buena parte de mis deseos y anhelos, me recreo en este salón de estar en el que tan buenos momentos he pasado a lo largo de mi vida, pero no puedo dejar de derramar una lágrima por los que ya no contemplarán más el cuadro que mamá compró algún día a un pintor en Montmartre o el pliego de papiro que trajo de Egipto o las láminas de Diego Rivera. Este es uno de mis rincones favoritos de entre todos en los que he dejado reposar mi alto y desgarrado cuerpo, en el que tanto me gusta tenderme a leer y escuchar música o escribir, este diario, por ejemplo, a la caída de la tarde de un caluroso mes de agosto. Ahora me viene a la mente en forma de sueño una tarde de agosto de hace algunos años, cuando pisé el Museo del Prado, a «Saturno devorando a su hijo» (despojado, por cierto, de su marco, por algún gestor o cargo medio con el gusto donde tengo yo las acciones de Endesa, y empotrado en la pared con una delicadeza pasmosa).

Un canal vinculado a Prisa da la noticia de una revancha entre familias gitanas, con muertes incluidas, por asuntos de bodas apañados, plantes en el altar y otros desaires. La sombra de Lorca. ¿No nos muestra el duende asesinado en alguna cuneta de la sierra de Granada eso mismo en parte de su teatro, su trilogía, *Bodas de sangre*, *Yerma*, *Bernarda Alba*? Este drama no ha sucedido en Andalucía, pero la obra de Federico es universal y su fino ojo para captar los matices de la sociedad de su tiempo, eso quedará, espero, mientras el mundo exista. Un poeta de los grandes, un ser atormentado por la presencia de la muerte, que desde muy niño intuyó su temprana muerte, como puede comprobar quien se tome la molestia de leerle despacio y en profundidad:

Cuando yo me muera,
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

Cuando yo me muera
entre los naranjos
y la hierbabuena.

Cuando yo me muera
enterradme si queréis
en una veleta.

¡Cuándo yo me muera!

Soledad Puértolas concede una entrevista al suplemento literario de *La Verdad*. Ha perdido a su madre, ha escrito la que puede ser, al menos durante un tiempo, su última novela, y habla de ella y otras cuestiones con inteligencia y sensibilidad:

Tú transmites lo que eres, tu visión del mundo, y ahondas en ese conocimiento, pero también te escondes muchísimo. Hay una desnudez de la relación íntima esencial, pero no en los demás. Creo que también hay mucho pudor... encuentro belleza en todos los cuerpos... me gustaría no tener tantas dolencias ni experimentar tanto cansancio. La imagen de cada uno la crean los otros y es imposible cambiarla.

Con esta última afirmación no estoy de acuerdo en demasía. Por supuesto que tu imagen, la imagen de uno mismo, la crean en buena medida los demás. Pero es una imagen más bien superficial: la de los hábitos externos: la forma de coger un cigarrillo, la vestimenta, el habla, los gustos, la mirada, los movimientos, las costumbres, incluso las rutinas. Las compañías, puede que hasta las amistades y ciertas formas de comportamiento y reacciones. Pero nunca el yo íntimo, la estructura profunda del ser. No me refiero a las ideas, conceptos u opiniones: son moldeables y cambiantes, a menudo poco firmes y sujetos a accidentes, vaivenes y dolores. Hablo del alma, el ánimo de los griegos y latinos, la pura y dura identidad propia. Esa imagen no la pergeñamos en vida, apenas nos da tiempo siquiera a atisbarla de reojo. Aparte de que todo esto del mapa personal no creo tenga mucho que ver con el concepto de imagen del que habla doña Sole. El alma de cada uno está en su armario, nadie conoce a fondo la suya.

Piensa abrir un café-librería en la calle Apodaca, «El bandido doblemente armado», título de su primera o segunda novela: o sea, un ciclo que se abre y *¿*se cierra? Habrá que ir, a contemplar la imagen de Soledad Puértolas o la de cualquiera, la mía propia, la de los seres a los que quiero y me quieren y tienen, me juego el cuello, la mejor imagen de mí, mejor sin duda que la que guardan de sí mismos.

Verano 2002

QUIZÁ LA VIDA no sea tan complicada, o sí lo sea. Puede que «casi todo se reduzca a que, cuando oscurece, necesitamos a alguien». Eso escribía Francis Scott Fitzgerald, desde su razón, su proceso de autodestrucción, su romanticismo, su apuesta por el talento que malgastó, por la escritura. Vivió una vida llena de excesos: drogas, fiestas, fama, dinero, neurosis. Eso lo mató, y muy pronto. El cronista de la sociedad del jazz, los flappers, los magnates, el más perdido de esa «lost generation», un escritor bajo cuya aparente capa de simplicidad el lector puede hallar, a poco que lea despacio, unas dosis muy interesantes de sufrimiento y desgarró. Encuentra la felicidad y el sosiego, como cualquier ser humano, en una sonrisa, un café, un cigarrillo, una música, un poco de compañía, un brazo sobre su hombro en la oscuridad de la noche. Al anochecer (*darkness*, esas tinieblas tan sugerentes para los anglosajones, para los escritores en especial), al despertar, al alba. Ayer, al oscurecer, bajaba la basura. M, la vecina del quinto, de cuya vida apenas conozco sino que estudió Derecho, supongo que en Murcia, que trabaja, creo, en el Ayuntamiento, que su hermano mayor estudió Ingeniería en Madrid, que su hermano el menor se llama Jorge, se molestó, supongo que un poco, como me debiera haber pasado a mí si no fuese tan solitario y frío, pues se dio cuenta, tras una breve conversación, de que apenas sé que se llama M, que estudió Derecho, supongo que en Murcia, que su hermano mayor estudió Ingeniería en Madrid, que su hermano menor se llama Jorge. También sé, y supongo que ella sabe que lo sé, que a su padre lo acaban de operar de X en Z, que su madre siempre ha sido muy poco sociable. Y todo eso le molesta, lo sé,

pues tengo 35 años y conozco lo suficiente al ser humano como para saber que lo que más molesta a una mujer o a un hombre es que no te intereses por sus cosas, sus angustias, deseos, metas, aspiraciones. Lo mismo da que sea tu vecina del quinto que el empleado del banco donde tienes tu cuenta de ahorros o la chica de la biblioteca a la que vas a coger libros desde que eras un niño. La vida es así, tan sencilla o compleja como tú mismo la quieras plantear. Los imponderables están ahí: la soledad, el miedo, la enfermedad, la muerte, el miedo a la soledad, a la enfermedad, a la muerte, el miedo a que el vecino o la vecina te niegue el saludo o sea más o menos simpático contigo. Hace mucho tiempo que me he fabricado una armadura, un caparazón tan ideal como ficticio para que nada me afecte o me descentre o me aleje de mis aspiraciones intelectuales. Supongo que conseguiré una buena parte de las metas que me propuse desde muy niño, desde que cursaba el bachiller. Lo que no sé ni voy a intentar averiguar es si esto es lo que siempre he deseado, si soy acaso medianamente feliz, si he perdido la alegría y el cariño que me solían acompañar y ¿me siguen acompañando y me

acompañarán por mucho que trate de esconderlos? Mi abuela, la persona que más me ha conocido y querido, la persona a la que más he querido, uno de los seres más entrañables que ha habitado este planeta, en sus últimos meses, me lo decía a menudo:

-Hijo, estás perdiendo el cariño. No te compasas con nadie. Tú nunca has sido así...

Sí, abuela, claro que lo estoy perdiendo, o estoy haciendo todo lo posible por simular que lo estoy perdiendo. Lo que no me encanta es morirme de tristeza, volverme loco de pena...

Notas

¹ Todas las personas a las que nombro existen. Son, mayormente, familiares y amigos. Siempre irán, preferentemente, sus iniciales. B y M son mis abuelos maternos, las personas a las que más he querido y más me han marcado en todos los terrenos. In memoriam.

² Árabes o musulmanes. No son lo mismo... eso es tema de otro debate.